

los ídolos , aunque Jesuchristo no dexó ordenado que le defendiesen ni que le combatiesen. Establece , pues , San Agustin en primer lugar la autoridad de los quatro libros del Evangelio , haciendo ver que en ellos se halla el cumplimiento de quanto la ley y los Profetas dixéron que habia de suceder. Despues advierte que entre los quatro Evangelistas , dos fuéron del número de los Apóstoles ; á saber , San Matéo y San Juan , y dos no ; á saber , San Marcos y San Lucas ; para que no se pudiese decir que hubiese alguna diferencia en los que habian visto las acciones de Christo con sus propios ojos , y los que las habian escrito sobre la relacion fiel de los testigos oculares. Dice á los que hallaban que contradecir : „ Que si Jesuchristo no escribió nada , tambien hubo algunos ilustres filósofos , como fuéron Pitágoras y Sócrates que hicieron lo mismo , dexando á sus Discípulos el cuidado de poner por escrito sus instrucciones y doctrina. ” Pregunta á los que proponian esta dificultad : „ ¿ Por qué reconociendo á Jesuchristo por un hombre muy sabio , fundados en la reputacion que tenia , rehusaban reconocerle Dios , supuesto que le tenia por Divino la Iglesia Católica esparcida en todo el mundo ? ” Hace ver que el Salvador no recurrió á las operaciones de la magia para que todos los pueblos abrazasen su doctrina : que la que este Señor habia enseñado en punto del culto de un solo Dios , es lo mismo que enseñáron los Profetas , que anunciáron que el Mesías habia de predicar en la tierra lo que se habia de publicar y recibir en todo el mundo : que efectivamente los Romanos que rehusaban adorar al único y verdadero Dios , porque prohibia el culto de los dioses extrangeros , estaban ya enteramente sujetos á él : que si este Dios permitió que fuesen vencidos los Judíos , por su prevaricacion , de los pueblos extrangeros , no ha quedado vencido , supuesto que ha despedazado los ídolos , y ha hecho que abracen su culto todas las naciones por medio de la predicacion del Evangelio : que su divinidad está suficientemente establecida con las obras maravi-

llosas que hizo , y con el cumplimiento de lo que habian dicho los Profetas : que del mismo modo se ha de pensar de la doctrina de los Apóstoles , los cuales predicáron la mas conforme á la de los Profetas. Demuestra que no se puede atribuir al establecimiento del Christianismo , la decadencia de las cosas humanas , pues solo tiene por objeto reformar las costumbres , las que estaban en la mayor depravacion quando el Paganismo reynaba.

LIX. Por los años 393 ó 94 , siendo San Agustin todavia Presbítero , explicó en dos libros el Sermon de Jesuchristo en el Monte , que San Mateo refiere en los capítulos V , VI y VII. Esto se ve en su primer libro de las retractaciones en donde habla de esta explicacion inmediatamente despues de la disputa , que sobre la fe y el símbolo tuvo en el Concilio de Hipona , año 393. En el primer libro explica la primera parte del Sermon de Jesuchristo , contenida en el V capítulo de San Matéo ; y en el segundo lo restante de este Sermon. No se sabe por qué empezó por este discurso sus investigaciones sobre los Evangelios , á no ser que lo hiciese , porque como él mismo dice , contiene toda la perfeccion de los preceptos divinos que pueden servir para formar un Christiano.

Se hallan en estos libros instrucciones muy útiles. „ La misericordia , según este Padre , es el único remedio que puede librarnos de tantos males como nos hacen suspirar en esta vida. Perdonemos , pues , á nuestro próximo , como queremos que Dios nos perdone. Ayudemos á los demas en quanto permiten nuestras facultades , asi como deseamos que nos auxilién en lo que no podemos hacer por nosotros mismos : porque la misericordia está prometida á los misericordiosos , que como hombres verdaderamente sabios , usan del medio mas saludable , dando á los necesitados en sus miserias el socorro que ellos mismos esperan recibir de otro Señor mas poderoso. Qualquiera que todavia gusta de las delicias del siglo , y busca siendo Christiano , las comodidades y riquezas del mundo , debe acordarse , que



nuestra bienaventuranza está dentro de nosotros mismos, y fuera de nosotros no hallamos sino maldiciones, persecuciones e injurias, bien que se nos promete el premio en el cielo si las sufrimos con paciencia. Hablando Jesuchristo de que debemos hacer lo bueno delante de los hombres, no dice solamente *para que vean vuestras buenas obras*; sino que añade, *glorifiquen á vuestro Padre que está en el cielo*. Para que no pongamos el último fin en esta complacencia humana, sino que todo se refiera á Dios, no pretendiendo agradar á los hombres, sino con la mira en que Dios sea glorificado. En estas palabras: *Todo aquel que entre en cólera contra su hermano*, dice: hay tres grados de culpa y de castigo que notar: el uno es grande, el otro es mayor, y el último es mucho mas terrible. El primer grado es ayrarse contra su hermano, pero contener interiormente este movimiento de la cólera sin manifestarle. El segundo es decir algunas palabras que declaren nuestra indignacion y furia; este ya es otro grado mayor que aquel primero, en el que reprimimos con el silencio la ira; el tercero es dexarse arrebatar de tal modo de la cólera, que lleguemos á decirle alguna formal injuria, como seria llamarle *Loco*. Si Jesuchristo, pues, nos prohíbe enojarnos con nuestro hermano, y darle á entender desprecio ó ultraje con palabras; mucho menos nos permitirá conservar resentimiento contra él en el fondo de nuestros corazones, de tal suerte, que nuestra primera indignacion pase á ser ódio. Por esto nos encarga, que si estamos ya á punto de presentar nuestro don al altar, y nos viene á la memoria que nuestro hermano tiene alguna cosa contra nosotros, dexemos allí nuestra ofrenda para ir antes á reconciliarnos con nuestro hermano. Los preceptos de presentar la otra mexilla para recibir otra nueva bofetada, dexarse quitar la capa y seguir al que nos quiera llevar consigo, deben entenderse de la disposicion interior del corazón, y no de la práctica. Al que tiene la potestad, segun el orden de las cosas humanas, pertenece reprimir y castigar el mal: pero debe poner en execucion el

castigo con la misma disposicion de alma que la de un padre que castiga á su hijo, quando este es todavia tan pequeño que no puede mirarle con aborrecimiento. Exemplo es este muy propio para darnos á entender cómo puede el amor inclinarnos mas á castigar, que á dexar impune el pecado; no con intencion de hacer infeliz á quien castigamos, sino mas bien, para hacerle feliz con la saludable correccion. En la Escritura se dice: *Dad á todos los que os pidan*: no quiere decir, todo quanto os pidan, sino lo que justa y honradamente podais dar: no siempre aquello mismo que os pidan; pues le podreis dar otra cosa mejor, corrigiéndole quando no tiene derecho para pedirlos.

No vemos que se haya mandado al pueblo hebreo, que quando orase, dixera á Dios, *Padre nuestro*: porque solamente se les representaba como Señor. Mas nosotros, adoptados en el número de sus hijos, debemos agradecer este favor desde el principio de la oracion, diciéndole, *Padre nuestro*: este solo nombre de Padre es capaz de excitarnos á un grande amor divino, pues nada es tan amable para los hijos como su Padre. A los ricos, nobles y grandes del mundo les advierten estas primeras palabras de la oracion del Señor, que no desprecien á los que son pobres, y de baxa condicion, supuesto que todos llamamos á Dios *Padre nuestro*, y ninguno puede decir las con piedad y verdad sin reconocer que todos somos hermanos. Si rehusamos á nuestros hermanos el perdon, quando pedimos á Dios en esta oracion que nos perdone, mentimos, y nuestra oracion es inútil; siempre debemos interpretar en el sentido mas favorable, las acciones de nuestro próximo, quando dudamos con qué espíritu las executa. Porque es temeridad juzgar, y mucho mas condenar. Si la necesidad ó la caridad nos empeñan en la reprehension ó correccion de alguno, debemos considerar si hemos caido nosotros en el vicio que tenemos que reprehender, y que siendo hombres pudiéramos haber caido. Si en otro tiempo estuvimos sujetos al mismo vicio, y ya hemos



salido de él, la misma fragilidad humana que nos es común, nos debe inclinar á reprehender, mas que por ódio ó indignación, por sentimiento de compasión; de suerte, que primero nos hemos de asegurar de la sinceridad de nuestra intención. Si todavía nos hallamos culpados en el mismo vicio, no reprehendamos de él á los otros, sino lloremos y gimamos con ellos, y en vez de pretender que se rindan á nuestros consejos, convidémoslos únicamente á trabajar, de común acuerdo, en corregirnos. No se ha de usar la fuerte reprehensión sino rara vez, y con grande necesidad; y quando la empleamos, no ha de ser con el fin de que los otros nos obedezcan, sino con el de que obedezcan al Señor. Si Jesuchristo declara que no conoce á los que cometen la iniquidad, se sigue que solo conocerá al que se exercita en la equidad y la justicia.”

LX. En los dos libros de las cuestiones sobre algunos lugares del Evangelio, no seguia San Agustin orden, ni aun el de los Evangelios, aplicándose solo á resolver las dificultades en el tiempo y modo que se las proponian. No obstante, para facilitar su inteligencia á los Lectores, dió títulos á todas las cuestiones que explicó. Las 47 primeras, que son sobre diferentes lugares del Evangelio de San Mateo, componen el primer libro. El segundo contiene 51 sobre San Lucas.

La explicacion del Evangelio sobre San Juan está distribuida en 124 tratados, de los que dice Posidio, que componian seis volúmenes. Estan en forma de homilias. En algunos manuscritos se lee que los escribian entretanto que San Agustin los pronunciaba y predicaba al pueblo, y despues los reveia, y los ponía en el estado que hoy los vemos. Viéndose obligado á interrumpir su explicacion del Evangelio de S. Juan á causa de la octava de la Pasqua, empezó la explicacion de la primera Epístola de este Apostol; remite lo que sigue para algun otro dia de fiesta, pero compuso dos homilias sobre esta Epístola. Las han juntado con las 124 del Evangelio de San Juan. Esto es lo mas notable que se halla en estas diferentes homilias.

LXI. No hay cosa mas noble que el Angel entre las criaturas, ni mas despreciable que el gusano, no obstante, el mismo que crió al Angel, crió tambien al gusano, el uno para que le alabe en el cielo, el otro para que ande arrastrando por la tierra; de suerte, que todas las criaturas, sin exceptuar alguna, asi las grandes, como las pequeñas, las que estan en lo mas alto de los cielos, y las que estan en el centro de la tierra, todo quanto es espíritu, y todo quanto es cuerpo, todo lo que tiene alguna forma, ó algun conjunto y conveniencia de partes entre sí: por último, toda substancia de número, peso, y medida, ha sido hecha por aquel de quien se dixo: *Que lo dispuso todo en número, peso y medida.* Ninguno, pues, tome ocasion de engañaros, dice San Agustin, quando os importunan las moscas, este es un artificio de que el demonio se sirve, y tal vez le ha salido bien, como poco tiempo há le sucedió á un Christiano Católico, el que importunado por las moscas, cayó en manos de un Maniquéo, á quien contó la molestia de aquellos insectos, le preguntó este Herege al principio, que quién le parecia fuese el autor de tan molestos animales; como el Católico estaba tan enfadado, y las aborrecia mucho, no se atrevió á decir que Dios las habia criado. El Maniquéo le instaba diciendo, ¿quién, pues, juzgas tú las habrá hecho, si no las ha criado Dios? Yo pienso, respondió aquel infeliz en su enojo, que el diablo las ha formado. ¿Pues si el diablo, continuó el Maniquéo, hizo esta obra, como acabas de confesar, y con razon, quién te parece que habrá hecho la abeja, que es un poquito mayor que la mosca? Como el Católico acababa de decir que Dios no habia hecho la mosca, no se atrevió á decir que habia criado las abejas, á vista de la poca diferencia que hay de unas á otras. De la abeja le llevó á la langosta, de la langosta al lagarto, del lagarto á las aves, de las aves á los quadrúpedos pequeños, de estos á los bueyes y elefantes; y por último, del elefante pasó al hombre, procurando persuadir á aquel Católico, que Dios no habia hecho al



hombre. Refiere San Agustín esto tan por menor, para enseñar á los fieles á tener cerrados los oídos á las seducciones del enemigo; y por último, á que crean que Dios es el que hizo todas las cosas, el que las ha ordenado como están; y que si algunas nos incomodan, es porque nosotros hemos ofendido al Dios que las crió.

Halla San Agustín un grande elogio de la gracia, y una verdad que instruye á los humildes de corazón; y cierra las bocas de los sobervios, en aquellas palabras de Jesuchristo: como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo si no está en la cepa, así vosotros no le podéis llevar si no permanecéis en mí. Al mismo tiempo halla la condenación de los que agradeciendo á sí mismos el bien que han hecho, creen que no necesitan el auxilio de Dios para hacer las obras buenas. Estos eran los Pelagianos. Reflexionad lo que dice Jesuchristo, continúa: Yo soy la cepa de la viña, y vosotros sois los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, lleva mucho fruto, porque vosotros nada podéis hacer sin mí. Para que ninguno se persuadiese, que si el sarmiento no podía por sí mismo llevar mucho fruto, á lo menos podía llevar poco, dice Jesuchristo con toda claridad: *Sin mí nada podéis hacer*, luego no se puede llevar poco fruto ni mucho sin aquel, sin cuyo auxilio nada podemos hacer.

Las otras palabras de Jesuchristo: *No sois vosotros los que me habeis elegido; yo soy el que os escogí*; las explica este Padre de este modo: ¿Pudiera hablar así Jesuchristo si no nos hubiera prevenido su misericordia? Aquí se estrellan todos los vanos discursos de los que toman el partido de la presciencia de Dios contra la gracia de Jesuchristo, diciendo, que si Dios nos ha elegido antes de la creación del mundo, es porque previó que habíamos de ser buenos, y no porque previó que él nos había de hacer buenos. No es esto lo que quiere decir aquel que dixo: *No sois vosotros los que me habeis elegido*, porque si Dios nos huiera elegido por haber previsto que no

sotros seríamos buenos, se seguiria por consiguiente que tambien hubiera previsto que nosotros le habíamos de elegir primero, supuesto que no nos podia sin esto mirar como buenos; á no ser que se atreva alguno á decir, que un hombre puede ser bueno sin elegir el bien, y preferirle al mal. ¿Qué encontró, pues, Jesuchristo en los que escogió? ¿Qué halló en ellos, que le obligase á escogerlos? No fueron escogidos porque ya eran buenos, supuesto que llegaron á ser buenos, porque Dios los había escogido. De lo contrario, la gracia no seria ya gracia, si se verificara que la habían precedido los méritos.

Hubo algunos Filósofos que pretendieron llegar al conocimiento del Criador por las criaturas, como puede hacerse, segun lo que dixo el Apostol en la Epístola á los Romanos. Estos viéron adonde debían ir: pero la ingratitude con que se atribuyeron á sí mismos este conocimiento que tenían de Dios, los hizo sobervios; y el orgullo les quitó los conocimientos que habían adquirido, precipitándolos á tal exceso de ceguera, que prefirieron los ídolos al verdadero Dios. Mas no cayéron en este abismo, sino despues de haber sido como oprimidos con el peso de su orgullo, por el qual se reputaban como los sabios del mundo. Por sus libros se ve que conocieron, como lo dixo San Juan, que todas las cosas habían sido hechas por el Verbo. Tambien parece que conocieron que Dios tenía un hijo único, Criador de todas las cosas. Bien pudieron entrever de lejos á aquel que es; pero no pudieron entrar en la humildad de Jesuchristo: y despreciaron su cruz, aunque era la nave necesaria para conducirlos con seguridad al que habían percibido de lejos. Recurrid, pues, dice San Agustín, á la cruz de Jesuchristo, creed firmemente que por vosotros murió en ella, y de este modo podéis llegar al puerto. Fué crucificado por vosotros para enseñaros á ser humildes. Dice á los Christianos, que todos llevan la marca de Jesuchristo, esto es, la cruz sobre su frente; pero qué será la confusión de los que en el corazón no la tengan. Es verdad que los Magos supieron por una



estrella, criada para este fin en el cielo, el nacimiento de este Señor, mas no quiso que los Christianos llevasen por señal esta estrella, sino su cruz. Quiso ensalzar su gloria por el mismo modo con que se humilló, é hizo que los humildes hallasen su elevacion en sus abatimientos."

Entre la multitud de instrucciones morales, que estan esparcidas en los tratados de San Agustin sobre San Juan, notaremos estas: „Quando veis en la casa de Dios alguna persona que esté desordenada, si es un amigo, advertidle con suavidad; si es vuestra muger, corregidla con severidad; si es siervo ó sierva vuestra, reprimidlos con riguroso castigo; haced quanto os sea posible, segun vuestro estado, y cumplireis con las palabras de la Escritura: *El zelo de vuestra casa me ha consumido*, no habeis de ser frios, indolentes ni cobardes, no mirando mas que á vosotros solos, como sino tuviérais interés en sanar á otros del pecado."

En la cruz en donde estaba Jesuchristo clavado, estaba viendo algunos de los que le pertenecian, entre la grande multitud de otros que no le pertenecian. Pedia perdon á su Padre por los primeros, al mismo tiempo que recibia de ellos tan grande injuria; no considerando que le quitaban la vida, sino solamente que moria por ellos; fué grande ventaja el que les consiguiese de su Padre la remision de sus pecados, para que ninguno desespere de los suyos propios, viendo que los que quitáron la vida á Jesuchristo consiguieron el perdon de tan enorme delito. Pero si ninguno debe desespere de su salud, tampoco ha de diferir su conversion con la esperanza de que algun dia se convertirá, porque si Dios ha propuesto el puerto de su indulgencia en favor de aquellos que se hallan en peligro de ser sumergidos por la tempestad de la desesperacion, dexó en la incertidumbre de la muerte á aquellos que por una esperanza demasiado facil, entran en los peligros, y se dexan engañar con la esperanza de una conversion que dilatan de dia en dia. ¿Qué es lo que Dios no perdonará al que se convirtiere,

despues de haber perdonado la sangre de Jesuchristo á los que la derramaron? ¿Qué homicida podrá desesperar despues de ver restituido á la esperanza de salvacion al que quitó la vida á Jesuchristo? Con efecto, hubo muchos de los mismos verdugos que creyeron en él, y Dios les perdonó la sangre de su Hijo, y haciéndoles beberla, los libró del delito que habian cometido derramándola.

LXII. Si el amor que tenemos al mundo no nos impidiera sentir nuestro mal y gemirle, estaríamos sin cesar llamando con un espíritu lleno de respeto y de piedad á la puerta de aquel que nos ha llamado. El deseo es, como el seno de nuestro corazon; y asi, á proporcion que vaya creciendo en nosotros, se irá dilatando nuestro corazon, y será capaz de recibir con mas abundancia esta especie de sentimientos. Esto es lo que hace en nosotros la lectura de los santos libros, la concurrencia de los fieles á las santas Iglesias, la solemnidad de los misterios que en ellas se celebran, el Bautismo y los demas Sacramentos que se reciben, los cánticos que en los templos se cantan en alabanza de Dios, las disputas que tiran á ilustrar mas las verdades de la salvacion: todo esto no tiene otro fin que el de sembrar en nuestros corazones este deseo santo, el de fomentarle para que produzca, el de hacerle crecer hasta que se extienda tanto, que nos haga capaces de recibir algun dia en nosotros aquello que los ojos no vieron, los oídos no oyeron, ni el corazon del hombre ha podido comprehender. Deseamos aquella felicidad inefable; pero tengamos presente que no puede ser, que el que ama á Dios, ame mucho al dinero. Mirémosle, pues, como un pequeño socorro, necesario para el viage de esta vida, y no como un bien á que deba pegarse el corazon. Sirvámonos de él en la necesidad; no gocemos de él ni pongamos nuestro placer en poseerle. Considerémos la presente vida como una posada; y usemos de los bienes temporales que Dios nos da, como el caminante de la mesa, del vaso, de la cama y de los demas muebles que halla en la po-



sada durante su mansion en ella. Ninguno se engañe á sí mismo, diciendo que ama á Dios, si no guarda sus mandamientos; pues en tanto amamos al Señor, en quanto los observamos, quanto menos los guardamos, menos le amamos. ¿Qué puede faltar en donde está la caridad? ¿Qué hay que sea útil, en donde no se halla la caridad? El diablo cree, y no por esto ama; pero ninguno puede amar sino cree; en vano cree el que no ama; no obstante, puede suceder que aquel que no ama, espere el perdón de sus pecados; pero es muy cierto que ninguno que ama, puede al mismo tiempo desesperar. Quando está la caridad en alguno, es infalible que en este mismo estan la fe y la esperanza; el amor de Dios va necesariamente acompañado del amor del prójimo. ¿Para qué nos ama Jesuchristo; sino para que reynemos con él? Amémonos todos con el mismo fin, si queremos que nuestra amistad se distingá de la de aquellos que no se aman de este modo, por quanto no se aman con verdad. Aquellos se aman verdaderamente que se aman para poseer á Dios, y aman á Dios para amarse bien entre sí. Hay, pues, un amor que no se halla en todos los hombres; y muy pocos son los que se aman con el fin de que Dios sea todo en todos. En donde está la caridad, allí está la paz; y en donde se halla la humildad, allí está también la caridad. Nadie podrá decir quábres la figura ni estamano de la caridad: con todo eso tiene pies esta virtud, pues lleva los justos á la Iglesia; tiene manos, pues da limosna á los pobres; tiene ojos, pues ve á los que se hallan en necesidad; tiene oídos, pues de la caridad, dixo el Señor: *El que tenga oídos para oír, oiga.* No son los miembros de la caridad distintos entre sí, ni estan separados en diferentes lugares; pero el que tiene la caridad, comprehende en su espíritu todas estas cosas juntas. Amad y haced lo que quisiéreis: si callais, callad por caridad; si hablais en alta voz, hablaid así por caridad: bien sea que tengais que corregir á alguno, corregidle por caridad; ó bien que perdoneis á otro, perdonadle por ca-

ridad: permanezca siempre en vuestro corazón la raíz de la caridad, y estad seguros que nada puede salir de esta raíz que no sea bueno. (Tract. 7. in Ep. Joan.) No desprecieis las culpas leves; y si despreciais el peso de estas faltas, contad su número, y os confundireis: muchas cosas pequeñas hacen un cúmulo grande: muchas gotas de agua llenan un rio: muchos granos de trigo hacen un grueso monton. (Tract. 10. in Joan.) Si quando haceis una buena obra temeis que haya espectadores, no tendreis imitadores. Es bueno, pues, que os vean practicar lo bueno: mas no debeis ejecutarlo con el fin de que os vean. Quando los otros os alaban, despreciaos vosotros; de suerte que sea toda la alabanza de aquel Señor que hace por vosotros el bien. (Tract. 8. in Ep. Joan.)

El temor sirve como para disponer la entrada de la caridad en vuestro corazón, pero en entrando esta virtud, hace que salga el temor que las preparó el lugar; porque á proporción que va creciendo en el alma la caridad, se va disminuyendo el temor; al paso que la una va echando raíces, va arrojando al otro. Si la caridad es fuerte, el temor es débil, y al contrario: pero quando no hay temor de Dios en el corazón, no hay resquicio alguno por donde la caridad pueda entrar: el temor rompe y rasga la conciencia, y mas no sintais este mal porque ya viene la caridad á sanar todas esas heridas que ha hecho el temor. Si solamente temeis á Dios por las penas con que os amenaza, todavía no amais pal Dios: que temeis á Dios, no deseais los bienes, y si solo temeis los males, no obstante, á fuerza de temer el mal, empezareis á desear los verdaderos bienes; y quando ya no temais si no perderlos, será vuestro temor un temor casto. (Tract. 9. in Ep. Joan.)

LXIII. Hizo San Agustín un viage á Cartago por los años 394, siendo todavía Presbítero. Sucedió, pues, que estando en compañía de otros, leyeron la Epístola á los Romanos; con esta ocasión, los que se hallaban presentes propusieron al



Santo algunas quæstiones sobre diferentes dificultades que se le ofrecieron, y aun le suplicaron que les permitiese escribir sus respuestas. De estas hicieron un libro, del qual habla este Padre en muchos de sus escritos. Consta este libro de 84 quæstiones, y de otras tantas respuestas.

Antes de ser Obispo emprehendió tambien una explicacion seguida de la misma Epístola á los Romanos; mas por lo dilatado y difícil de la empresa, la dexó por aplicarse á otras obras mas fáciles. Por lo que solamente concluyó el primer libro, el que no contiene sino la explicacion del título y la salutacion de esta Epístola. Es verdad que se detuvo bastante en una quæstion incidente sobre el pecado contra el Espíritu Santo, pecado que este Santo pone en la impénitencia final. Habla de este libro Casiodoro, y tambien hace mención del comentario de este Santo sobre la Epístola á los Gálatas.

Por esta explicacion se ve que no dudaba San Agustin que la Epístola á los Hebreos es de San Pablo; pero advierte que no está intitulada con su nombre, porque los Judios demasiado irritados contra él, si hubieran sabido que era su autor, no hubieran querido leerla. Añade, que esta diferencia, respecto de las otras Epístolas de este Apostol, pues todas, á excepcion de esta, tienen la marca de su nombre, habia sido la causa de que algunos no la hubiesen querido colocar en el número de las canónicas. Enseña San Agustin: «Que la verdadera justicia del hombre consiste en amar en nosotros lo que hay de Dios, y aborrecer lo que hay de nosotros mismos; en defender nuestras propias faltas por atribuir las á los otros, culpándonos en todo; en no contentarse con el desagrado que causa la culpa, sino en procurar enmendarse; en no pensar que son nuestras fuerzas suficientes para evitar los pecados, sino tenemos el auxilio de Dios; dice, que las tribulaciones y trabajos con que la justicia de Dios castiga los pecados, no inclinan á los buenos y justos á cometer otros nuevos; porque mas los desagradan las culpas, que ninguna pena corporal; y que estas

mismas penas les sirven para purificarlos enteramente de las manchas del pecado: que algun dia gozaremos de una perfecta paz, aun segun el cuerpo, si conservamos aqui constante, é inviolablemente la paz que nuestro Señor nos ha dado por medio de la fe.»

LXIV. Algun tiempo antes de esta explicacion de la Epístola á los Romanos, é inmediatamente despues de su libro de las 84 quæstiones sobre la misma Epístola, explicó la de los Gálatas, no por trozos, como la de los Romanos, sino toda entera: solamente compone un libro, porque se contenta con ilustrar el texto sin separarse de su asunto. Dice, pues, que todos lo que fueron justificados en el antiguo Testamento, se justificaron por la misma fe que nosotros, con esta diferencia, que asi como nosotros creemos algunas cosas como ya pasadas, es á saber, la primera venida de nuestro Señor Jesu-christo, y otras como futuras, v.g. la segunda venida; los Patriarcas, uno y otro lo creian por inspiracion del Espíritu Santo, como cosas que habian de suceder, porque Dios se las revelaba, para que se salvaran. Quiere este Santo, que quando corregimos á los pecadores, pensemos en sanarlos, y no en insultarlos; en socorrerlos, y no en darles en cara con sus culpas; y advierte, que ha habido muchos que al principio recibieron las reprehensiones con pesadumbre; pero entrando despues en sí mismos, se habian reprehendido ellos con mas severidad, y se habian corregido; porque la virtud de las palabras saludables que les habian dicho, penetró poco á poco hasta la medula de sus almas. Otra regla prescribe para las correcciones, y es, que se hagan de modo, que se conozca claramente que se dan por pura caridad. Si las injurias, las amenazas, ó las persecuciones de aquellos á quienes reprehendeis, hieren vuestro espíritu, aunque espereis que podrán sanar, no debeis reponderles cosa alguna hasta tanto que hayais sanado de la turbacion de vuestro espíritu; de lo contrario, quanto pudiérais decir con el espíritu alterado, mas seria efecto de impetuo-